

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Jerez, llevado á domicilio, por un mes 8 rs
Trimestre. 14 «
Número suelto. 2 «

ASTA RÉGIA.

SEMANARIO

DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES LOCALES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En la provincia y en la Península, un mes 6 rs
Semestre. 24 «
Número suelto. 2 «

Dirección y Administración, plaza de Eguilas, número 17.

MARZO 22 DE 1880.

Horas de redacción, de 2 á 4 de la tarde.

DIRECTORA: CAROLINA DE SOTO Y GORRO.

JESUCRISTO.

Las predicciones del profeta de Babilonia acababan de cumplirse; el cetro y la púrpura real habían sido arrancados á los hijos de Jacob y ya estos no tenían un jefe que se pusiese al frente de sus gloriosos estandartes. Entonces apareció sobre la tierra el Hijo de Dios, que venia en la mitad de los tiempos á salvar al hombre, redimiéndole del pecado.

Vivió Jesús por espacio de treinta años trabajando con su padre adoptivo, asistiéndole en la ancianidad y dándonos ejemplo de sumision y laboriosidad. Tres años solos consagró á su vida pública, contando desde la época en que principió á enseñar. Escogió doce discípulos, gente toda ruda y sin artificio: si hubieran sido poderosos, los progresos de su doctrina se hubieran atribuido á la adulacion; si hubieran sido sábios, á la ciencia.

Este divino Maestro de nadie se desdenea; cuando habla á los ignorantes, sus imágenes son vivas y sencillas; cuando dirige su palabra á los fariseos y á los magnates de Judá, se vale de los sagrados libros, y al vaticinar la ruina de Sion, creyérase oír el eco del arpa fúnebre de Jeremías.

El cielo y sus ángeles esperan sus órdenes para obedecerlas; el mar y sus tempestades están sumisos á sus mandatos. A su voz hablan los mudos, andan los cojos, oyen los sordos, y resucitan los muertos. Su vista lee en los corazones; en las lágrimas de la Magdalena ve la amargura de sus pesares, y piadosos trasportes de su amor, en las arteras preguntas de los fariseos, las maquinaciones de la envidia.

Los pueblos todos corren tras él, mas los israelitas esperaban un Mesias guerrero, y al verse esclavizados por los romanos suspiraban por el libertador prometido. Jesús, cuyo reino no era de este mundo, en vez de alterar la tranquilidad pública, manda volver á sus hogares las turbas de tres y cinco mil hombres que le seguian.

De este modo, al acusarle sus enemigos de sublevador del pueblo, no pudieron probarle ni aun este cargo.

La resurreccion de Lázaro tres dias despues de muerto, precipitó los planes de venganza de los saduceos y los fariseos que odiaban de muerte á Jesús, por la claridad con que reprendia sus costumbres licenciosas.

Entre tanto, la víctima se le viene á las manos: *Hé aquí, hija de Sion, á tu Rey, que viene montado en un jumentillo; y á esta voz todo*

el pueblo de Jerusalem sale á recibirlo, introduce á Jesús en triunfo, y le ofrece los báucos y las palmas de la victoria, como á su libertador; mas este mismo pueblo que ahora le victorea, gritará luego: «crucifícale; crucifícale.»

Un falso discípulo secunda los planes malvados que se fraguan contra su Maestro, y le pone en manos de sus enemigos. Llevado á tribunal en tribunal y de un tormento á otro, se vé mojado, insultado, tratado como loco y, segun la costumbre de los romanos, muere en un afrentoso suplicio despues de haber llevado como Isaac, sobre sus espaldas el leño en que habia de ser crucificado.

Las profecías se han cumplido: túrbase la naturaleza, una mano secreta rasga el velo del templo, quebrántanse las rocas, saltan en pedazos las piedras de los sepulcros, el sol, para no alumbrar tan inmenso crimen, vela su faz con fúnebre disco: *¡Jesús ha muerto!*

Tres dias despues, los soldados destinados á la guarda del sepulcro no pueden restituir el cadáver; un ángel ha sacudido la piedra de la tumba, y segun su promesa, Cristo ha resucitado glorioso. Llenos de espanto sus enemigos con esta nueva, se ven en el caso de comprar la discrecion de los soldados á peso de oro. «Divulgad, les dicen, que estando vosotros dormidos, vinieron sus discípulos y robaron su cuerpo.» *¡Miserable elugio! ¡Atestiguar con centinelas dormidos!*

Pasados cuarenta dias, se le vé marchar con sus discípulos hácia el monte de las Olivas, y allí, despidiéndose de ellos, se remonta al Empíreo.

Sobre aquel mismo sitio le verán algun dia todas las generaciones de la tierra, premiar á los humildes y humillar á los soberbios.

J. R.

EL VINO.

II.

En nuestro artículo anterior, anunciamos que en éste, nos ocuparíamos en indicar los gastos que al País podria ocasionar la creacion de una Junta permanente de vinicultura, y á su vez de calcular los beneficios que ella pudiera reportar á esta industria y á los intereses generales, pero las ventajas en pró de esta organizacion son tan notables, que solo con examinar nuestros tratados de comercio con Inglaterra y Alemania, y observar el modo desfavorable con que por aquellos gobiernos son tratados nuestros vin

quedan completamente justificados, por lo que desistimos de hacer números, bastando á nuestro propósito, someter al buen juicio de nuestros lectores y de la opinion pública, las consideraciones siguientes: ¿Debemos admitir en buenos principios económicos y tratándose de potencias amigas, que si cuando en 1862 se utilizó la forma en que nuestros vinos habian de pagar la tributacion al entrar en los mercados ingleses, hubiera existido en España una comision bastante perita que patentizara á aquel gobierno la verdadera fuerza alcohólica natural de dichos líquidos, se hubiera establecido, ni decorosamente intentado, establecer, como base, la escala que desde entonces, viena causando tantos y tan graves perjuicios á nuestros intereses y á nuestro prestigio? La contestacion no es dudosa, y creyendo lo expuesto suficiente para llevar el convencimiento de nuestros lectores, la utilidad de poner en práctica la organizacion que con tanta insistencia venimos aconsejando, pasamos á otro asunto.

En *El Guadalete* de Jerez número 7334, hemos visto un suelto tomado de *El Imparcial* de Madrid, en cuyos primeros renglones dice á la letra: «El ministro de Hacienda de Inglaterra, ha declarado en el Parlamento, que estaba estudiando con interés, la cuestion de vinos, que tanto afecta á España y á aquel país.» Esto, como comprenderán nuestros lectores, no podía sorprendernos, porque ya lo teníamos previsto y publicado en los números 2 y 4 de ASTA RÉGIA. El gobierno de la Gran Bretaña, no nos cabe duda, pronto, bien pronto, modificará su sistema, porque así lo reclaman de consuno, su deber y sus intereses; pero al hacerlo, centrará por algo en su mente, la idea de justa reparacion de los gravísimos perjuicios que tan injustamente nos ha ocasionado con su error de apreciacion al fijar definitivamente la fuerza alcohólica natural de los vinos en 26° Sykes? ¿Se le ocurrirá pensaren que al autorizar esta escala, además del recargo de un 150 por 100, lanzó sobre nuestros vinos el calificativo de adulterados, creándoles invencible repulsion hasta en los países donde pudiera intentarse abrirles nuevos mercados, y sobre España una crisis desastrosa? Esto, despues de todo, no sería mas que un acto de justicia, que debiera esperarse de una nacion que como Inglaterra, sabe apreciar en lo que vale su respetabilidad, y el momento no puede ser mas oportuno.

Hoy estamos en un caso análogo al de 1862 puesto que por el gobierno inglés se está tratando del mismo asunto. ¿Nos habrán enseñado algo las vicisitudes por que hemos venido atravesando tan penosamente desde aquella época? ¿Estarán ya nuestros representantes provistos de las armas convenientes para poder en la lucha económica que se aproxima, dejar en el lugar que les corresponde, nuestro nombre y nuestros intereses? ¿A qué centros habrán concurrido ó concurrirán á inspirarse y á adquirir los conocimientos necesarios para que no les suceda lo que en 1862? Esto es lo que verdaderamente nos preocupa y sobre ello llamamos la atencion del país, porque á todo él interesa. Tal vez no falte quien crea exagerados nuestros temores, teniendo en cuenta el estado general de nuestro negocio y los grandes conocimientos que de él existen, circunstancia, que no hemos de negar ni por un momento, pues es pública la fama de nuestros éxitos, y el proverbio dice que *por la obra se*

conocen los artifices; pero si, hemos de manifestar, como ya aunque con pena, lo hemos hecho otras veces, que esa importantísima riqueza de conocimientos prácticos, se encuentran sin organizacion, diseminados individualment en los centros productores, y cuyo último resultado es, quedar archivados en los cementerios, sin dejar de ellos, á las generaciones futuras mas que un triste recuerdo, por carecer de medios para poderlos transmitir teóricament, á los archivos de los correspondientes centros oficiales; y siendo esto por desgracia una triste verdad ¿no queda perfectamente justificada nuestra desconfianza? ¿Dónde, volvemos á repetir, han de alquilar nuestros representantes los ~~antecedentes necesarios~~ para defender con conocimiento de causa, los intereses confiados á su cargo?....

FRANCISCO GONZALEZ ALVAREZ..

DERECHO DE PROPIEDAD.

VI.

UNA BROMA DE ROUSSEAU TOMADA EN SÉRIO
POR LOS SOCIALISTAS.

«Cuando los pobres dice Rousseau, en el Emilio, han consentido que hubiese ricos, los ricos han prometido alimentar á cuantos no inviesen de qué vivir, ni por sus bienes, ni por su trabajo.»

Viéndose y tocándose está, y aun cuesta trabajo creer que hombres que pasan por eminencias científicas, digan sandeces tales, que escitarian la risa y el desprecio, si su adopcion por la ignorancia y la perfidia no hubiera producido entre los hombres males incalculables.

Si la más refinada malicia no ha dictado aquel pasaje, en que hay mas absurdos que palabras, necesario es ver en él un lenguaje propio de la más crasa ignorancia.

Prescindase por completo de toda nocion de justicia, preexistente de las convenciones humanas; hácese pretericion absoluta del elemento divino, de la Ley Providencial, alma y vida de la sociedad: cántase «*hosanna*» á la voluntad del hombre, y con fatídica voz «*tolle tolle*,» se repite, cuando se invoca la de Dios.

Se afecta desconocer que Dios es el único autor de los bienes así espirituales, como materiales, y que los dispensa y distribuye en los términos que estima convenientes, en relacion con su gloria, para la cual todo lo hizo, sin que sea dado á la criatura mas que adorar los altos designios de la Santa Providencia. Las quejas del hombre porque á Dios plugo conceder á unos bienes que á otros niega, y colocarle en distintas y aún contrarias posiciones, no envuelven menos absurdo, que si la obra arguyese al Artífice, porque no le habia hecho un Júpiter Olímpico, ó una Venus de Médicis, en vez del horrendo viejo Sileno.

En suma: blasfemia y absurdos tales son los conceptos trascendentales en que abunda el citado pasaje del Emilio.

Y no se diga que nada en él se arguye contra la Providencia, sino que indirectamente si algunos cargos se desprenden, van dirigidos contra los hombres y la sociedad, que suelen contrariar y malear la misma obra de Dios.

Este lenguaje á lo sumo será más hipócrita, pero no ménos disparatado. Quien murmura contra los hombres ó contra la sociedad, porque las cosas no suceden á medida de su deseo, es parecido al perro que, ignorante de la mano que le hiere, dirige toda su saña y muerde una y otra vez la piedra á él lanzada. Es comparacion de un Santo Padre.

Supone Rousseau que allá en una época remotísima se celebró un contrato, en cuya virtud los pobres consintieron que hubiese ricos, á trueque de que los ricos los alimentaran.

Si nosotros fuésemos partidarios de la doctrina pitagórica, que suponía las almas en periódica trasmigracion, acaso nos asaltaría la idea de creer que D. Juan Jacobo habia adquirido la noticia de aquel contrato en una vida anterior á la presente, toda vez que en la historia de la Humanidad no aparece documento alguno, ni vestigio que lo acredite, ni haga vislumbrar: Rousseau debió ser tal vez una de las partes contratantes; y á juzgar por el empeño con que á los pobres defiende, hay que presumir que á la clase de *pobres hombres* pertenecía.

Los descubrimientos geológicos hacen ver que allá en una época, no se sabe cual, existieron efectivamente unos seres raros y extraños, á juzgar por sus esqueletos algo informes y de colosales dimensiones. ¿Quién sabe si estos fósiles (a) Megaterios, pertenecieron á los individuos, que, segun Rousseau, otorgaron aquel celebrísimo contrato? Mas, aun: acaso el alma de D. Juan tuvo alguno de ellos por primitiva morada.

Y no sirva de óbice el nombre de *Megaterio*, que significa *gran bestia*; porque fuera de que el filosofismo no repara en pelillos, ni en nimiedades, propias de *espiritus preocupados é ilusos*; no debe perderse de vista que, entre las grandes bestias y los hombres omeiomodamente libres de Rousseau, no hay mucha diferencia. Aun tenemos que agradecer al filósofo de Ginebra que no haya llamado al hombre planta como le llamó Helvecio, otro de los maestros del impio filosofismo.

Sea enhorabuena cierto que el contrato se verificó; pero cuando, donde es qué término: esto es lo que ni Rousseau, ni ninguno de sus admiradores entusiastas han tenido á bien indicar.

Así, pues, en la incertidumbre, ó mas bien, falta de datos en que nos hallamos, el expediente mas apropiado para solventar las dificultades no puede ser otro, que el ocurrido á un filósofo y poeta festivo, que burlándose de los que hacen al lenguaje un mero invento humano, con abundancia de sal epigramática dijo:

Cata aquí como saé el habla:

Diz que antaño se juntaron

Hombres mudos: se miraron,

Y ¡zasí!... el hablar se entabla.

Uno el artículo, pronto,

Otro el adverbio inventó,

uno ton, dijo; otro to;

Y no sé quién gritó TONTO.

Dejando empero aparte los fósiles, megaterios, hombres libres y tontos; y supniendo que el contrato tuvo lugar entre discretos racionales, las reglas de sana crítica inducen á creer que la copia del acta que el gran filósofo nos

ha trasmitido, no es exacta, y mucho menos auténtica.

En efecto; importa una palmaria contradiccion el empleo de las contrapuestas palabras, pobres y ricos, cuando á decir verdad (si es que alguna tuviese la aseveracion del gran Padre del Socialismo), tal distincion no debió ser conocida en la época que el hecho se refiere. Y decimos que no debió ser conocida, porque de suponer lo contrario, desaparecería la verdadera causa del contrato que es la conveniencia mútua de los contratantes; y el nexo ó vínculo, en su consecuencia establecido, sería risible á fuer de irracional.

En otros términos: ó en la fabulosa época en cuestion habia pobres, ó nó. Si lo primero, los ricos fueron muy tontos al contratar con ellos, imponiéndose la carga de alimentarlos, sin reportar ventaja alguna. Si lo segundo, doblemente fueron tontos los pobres al convertirse en tales, renunciando á las ventajas de la riqueza.

Este argumento, que para quien tiene la dicha de ser católico sería una blasfemia, es un terrible dilema, imposible de contentarse por el Filosofismo, que tiene declarada la guerra á los principios católicos, únicos que resuelven el pavoroso problema del pauperismo.

Per estas sencillas reflexiones y otras muchas que en obsequio á la brevedad se omiten, es de suponer, que en son de broma, y nada más, se expresó el filósofo de Ginebra; pues de la suposicion contraria, vendría á deducirse que ignoraba las reglas más rudimentarias de la Crítica y Dialéctica, quedando en sumo grado mal parada una de las reputaciones más científicas de la moderna impiedad.

JOAQUIN SANCHEZ GARCIA.

EL CID EN LA BATALLA DE GOLPEJAR.

Por la dificultad casi insuperable de retratar con exacto parecido el carácter y circunstancias íntimas de las personas contemporáneas, puede colegirse lo mucho que hay de puramente fantástico en las historias. Verdaderos entes de razon los personajes que en ella figuran, sobre todo si se trata de tiempos escasos de restos literarios, pueden tomarse sus fisonomías morales más bien como resúmenes del pensamiento y reflejo de las pasiones generales de los hombres, que como rostros ciertos y completos de los individuos.

Vemos así que con el proceso del tiempo varía el aspecto en que se consideran muchas cosas, que habiendo ya dejado de existir en siglos remotos, parece que deben ser siempre objeto del mismo juicio; pero la nueva luz á que la crítica hace la anatomía de lo pasado segun el gusto de lo presente, colora la historia casi sin dejar señales de las antiguas tintas.

La perenne juventud del mundo se alimenta de renovar con nuevas combinaciones los elementos de la vida; y la historia que es el espejo del pensamiento, finge detrás y como muerto lo que palpita actualmente en nosotros mismos. Nada de extraño tiene, pues, que los personajes históricos varien de aspecto, como toman distinta posicion y forman nuevos dibujos al pie de la escalera del caleidoscopio á cada sacudida

que el observador dá al anteojo que las contiene; y uno de los sugetos más notables de estas transformaciones viene siendo hace ocho siglos la memoria de Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, que sin ser rey, sino hijo de su lanza, dejó tantas señales del respeto que inspiró á propios y extraños.

Ridículo sería que hiciéramos hincapié sobre la importancia del Cid, cuando la tienen consagrada tantos siglos, y su nombre es conocido de polo á polo; pero hijos del Cid suelen llamarse los españoles, y aun ser llamados, de esta guisa por los extranjeros; con preferencia á tantos otros apelativos ilustres que están brindando nuestros fastos; y si sus hijos nos llamamos, tócanos por ende á todos con estrecha obligación cuidar de la fama de Rodrigo.

No pretendemos que deba menoscabarse la verdad ocultando ni siquiera paliando por menor amor patrio, los cargos que justamente puedan hacerse al Cid, como á cualquier otro personaje histórico, aun cuando por mucho tiempo se los hubiera callado la historia; pero como en la de España que está publicando el señor don Modesto Lafuente se presenta la conducta del Cid en una circunstancia notable de su vida, de un modo acaso más desventajoso de lo que requieren para su respeto los fueros de la verdad, creemos del caso aducir algunas razones que, si por nuestra ignorancia no dilucidan completamente el punto, tal vez no serán del todo inútiles.

El mérito mismo de la obra citada exige de los lectores una atención, cuya mejor muestra es la crítica racional; y el circunspecto autor si llega á ver esta, puede estar seguro de la veneración que nos inspira con un libro cuya sanidad de miras es patente, pues los españoles reoagemos de sus páginas las noticias históricas perfumadas con el bálsamo religioso de la fe secular de nuestros padres, no menos que aquilatadas con el escrupuloso juicio moderno. Pero esas mismas virtudes del libro en cuestión y el esmalte bello y grave de su estilo, hacen que tengan un gran peso las sentencias en él contenidas, del tribunal de la historia, y que acostumbrados á reconocerlo así los lectores, pasen acaso por alto, sin notarlas, alguna injusticia, disculpable en quien tan árdua y complicada materia trae entre manos.

Dedica al Cid el Sr. Lafuente un capítulo entero de su *Historia* y además habla de él en algunos otros lugares, resaltando generalmente la natural complacencia del autor al ocupar su pluma con las hazañas del héroe que tanto han redundado en pró de la fama de España; pero como nuestro objeto es aclarar la conducta del Cid en la guerra de Sancho de Castilla con Alfonso de Leon, dejamos á un lado lo demás.

La version del Sr. Lafuente es esta: —Muerla la madre comun de los dos Reyes, y allanado así el único obstáculo que parecía haber estado comprimiendo los ímpetus de la ambición del primogénito Sancho, y estorbándole atentar abiertamente contra la herencia que sus hermanos habían recibido de su padre comun en la repartición que entre sus tres hijos y dos hijas le plugo hacer de sus reinos y de los de su mujer (que era propietaria de Leon), acometió Sancho á Alfonso, sin darle tiempo de que recibiese los auxilios que había solicitado de sus

primos los Reyes de Aragon y de Navarra, y le dió un combate que el leonés se vió en necesidad de aceptar en Plantaca, ó Plantada (después Llantada), á orillas del Pisuerga, desde donde el vencido Alfonso tuvo que retirarse á Leon.

Fuese que Alfonso contentase por entonces á Sancho cediéndole algunas de las fronteras de su reino, ó condescendiendo con alguna de sus exigencias, ó bien que Sancho no se considerara á la sazón bastante fuerte para internarse en los dominios leoneses teniendo enemigos á la espalda, no se vuelve á hablar de nueva lucha entre los dos hermanos hasta tres años más adelante, que reaparecen combatiendo en Golpejar, á las márgenes del Carrion, aun más sangrientamente que en Llantada. Hay quien dice haber concertado antes y convenido en que aquel que venciese, quedaría con el señorío de ambos reinos. La fortuna favoreció esta vez á los leoneses, y los castellanos volvieron la espalda, dejando abandonadas sus tiendas. Condújose Alfonso con laudable aunque perniciosa generosidad, prohibiendo á sus soldados la persecución de los enemigos, á fin de que no se vertiese más sangre cristiana, y porque, si fué cierta la estipulación que se supone, se creería ya señor de Castilla. Perdióse aquella misma generosidad, pues que uno de los guerreros castellanos reanimó al monarca vencido, diciéndole: «Aún es tiempo, señor, de recobrar lo perdido, porque los leoneses reposan confiados en nuestras tiendas: caigamos sobre ellos al despuntar el alba, y nuestro triunfo es seguro.» El caballero que así hablaba era Rodrigo Díaz, conocido y célebre después bajo el nombre del Cid Campeador, que entonces ya tenía entre los suyos fama de gran capitán, aunque es la primera vez que le vemos mencionado como tal en las antiguas historias. Aceptó el consejo de Rodrigo, y sin tener en cuenta, si no un compromiso pactado, por lo ménos la noble conducta que con él había usado Alfonso; cayó con su ejército al rayar la aurora sobre los descuidados y dormidos leoneses, de los cuales muchos sin desportar fueron degollados, los demás huyeron despavoridos, y Alfonso buecó un asilo en la iglesia de Santa Maria de Carrion, de cuyo sagrado recinto fué arrancado, y conducido desde allí al castillo de Burgos.

El Sr. Lafuente cita al pié de sus páginas, aunque autorizadas para la relacion circunstanciada de estas guerras de los dos régios hermanos, en los *Anales complutenses*, y á las *Crónicas* del Obispo Lucas de Tuy y del Arzobispo D. Rodrigo de Toledo. Habla luego más adelante del célebre juramento que públicamente tomaron los castellanos á Alfonso por medio del Cid, de que no había tenido parte en la muerte que padeció Sancho enfrente de Zamora; y dice el historiador estas palabras: —«Desde entonces por mucho que Alfonso lo disimulara, quedóle en su ánimo cierto desabrimiento y enojo hácia el Cid.» Y volviendo en otro lugar á hacer mención de este paso, añade el historiador: «Audacia que el Cid ménos acaso que otro caballero alguno hubiera debido permitirse, porque Alfonso pudo haberle demandado á su vez:—¿Y jurais, vos, Rodrigo, no haber tenido parte en la alevosía de Carrion, en aquella funesta noche en que mi hermano Sancho, por consejo vuestro, después de vencido pagó mi generosidad degollando á mis

soldados desapercibidos, haciéndome prisionero y apoderándose de mi trono? ¿Jurais, vos, estar inocente de aquella negra ingratitud que costó tanta noble sangre leonesa, y que me hizo cambiar mi trono por una prision, mi corte por un claustro y mi libertad por el destierro de que vengo ahora?—No sabemos, añade el historiador que pudiera contestar el Cid si de esta manera se hubiera visto apostrofado por el mismo á quien tan arrogantemente juramentaba. No lo hizo Alfonso, contentándose con guardar secreto enojo á Rodrigo Diaz, el cual hallamos fundado, si bien sentimos que le llevara, como hemos dicho en el discurso preliminar, más allá de lo que reclamaba el interés de la causa cristiana, y de lo que él mismo le convenía para no ser tachado de rencoroso.»

«Bien que disimulara al pronto su enojo por ese juramento (dice en otro lugar la historia), es lo cierto que no perdonó la ofensa al Cid, y que más adelante le desterró de sus reinos.» Y aun en la prosecucion de su libro vuelve el historiador en algun pasaje á notar que desaprobó la conducta de Rodrigo Diaz con el monarca leonés en Carrión así como su arrogancia en Búrgos cuando el juramento, y la humillacion que con él se hizo sufrir al Rey.

Vemos, pues, que acerca de la conducta del Cid, en esta funcion de guerra, la primera como dice el Sr. Lafuente, donde se halla mencionado su nombre en las historias más antiguas que nos han quedado, el juicio del moderno historiador no puede ser más severo, y que hace hincapié sobre ello en repetidas ocasiones, como un rasgo notable del carácter de Rodrigo. Ahora bien: el primer cimiento en que estriba su crítica el señor Lafuente es la circunstancia del convenio, que no deja, sin embargo, de presentar como dudosa; mas luego, aun prescindiendo de que fuera ó no real la estipulacion, continúa el cargo, de modo que si en el primer caso califica de aleva la conducta del Cid, en el segundo la pinta como llena de negra ingratitud.

(Continuad.)

Á LA MUERTE DE JESÚS.

¡Salém! Salém, bendita!
 ¡Porqué miro á tus hijos entregados
 Á la atroz algazara en que se agita
 Tu pueblo sin temor? ¡Porqué impulsados
 Por sus propios deseos,
 Corriendo así en tropel, y confundidos,
 Gritando, se dirigen al Calvario?
 ¿Qué dicen á una voz, enfurecidos?
 Pero ya los escucho;
 ¡Crucificadle! sí, ¡crucificadle!
 Repiten sin cesar los foragidos.
 Ah! es un reo de muerte que es llevado
 Al lugar donde van los malhechores,
 Por sus viles verdugos empujado,
 Haciéndole sufrir grandes dolores.

Sosteniendo la cruz sobre sus hombros
 Fatigado camina
 Y hacia la tierra inclina
 Su lánguida cabeza:

Y el sudor de su frente derramando.
 El áspero camino va regando.
 ¿Quién es, pues, ese hombre? ¿Qué delitos
 Ha cometido, cuando así lo infaman?
 ¡El es Jesús! á gritos
 Dicen todos, y esclaman:
 ¡Debe morir, muy presto!
 Que es Rey de los judíos, asegura,
 Y corona de espinas le hemos puesto,
 Y vamos á ofrecerle por su suerte
 La cruz en el Calvario;
 Es blasfemo y falsario,
 Y es digno del castigo y de la muerte.

Y aumentando el tumulto,
 Estrechan á Jesús, y lo fatigan,
 Y escupen á su rostro;
 Y á mas de tal insulto,
 Lo empujan, lo atormentan y lo obligan,
 ¡Y aun sigue con el leño tan pesado
 Su cuerpo resentido y lacerado!

Tan solo unas mugeres
 Se conducen piadosas, y transidas
 Lloran por el dolor enternecidas.
 ¡Ah! sí, llorad, llorad! los ojos fijos
 En ellas, con amor Jesús les dice:
 ¡Por vosotras, llorad, por vuestros hijos!
 No es el justo, en verdad; quien necesita
 Consuelos y cuidados.
 Sino el mortal cuya conciencia grita
 Con la voz del temor por sus pecados.

¡Pero ved! ¡ya ha llegado
 Á la cumbre del Gólgota! ya en ella,
 Derriban de sus hombros doloridos
 La enorme carga de la cruz aquella.
 Le arrancan de su cuerpo los vestidos
 Sus carnes desgarrando,
 Y habriendo mas heridas
 Sus llagas otra vez van renovando,
 ¡Con bárbara crueldad y encono fiero
 Taladran los deícidas
 Sus manos y sus piés en el madero!
 ¡De sus venas la sangre á borbotones
 Corriendo está! ya en alto lo levantan.
 Y entre los dos ladrones
 Lo ponen para colmo de ignominia,
 Y con gritos que espantan,
 El pueb'o entero acude hacia el Calvario
 ¡Para ver á aquel hombre extraordinario!

¡Oh! Jesús Poderoso!
 Al padre celestial en holocausto
 Por el mundo te ofreces generoso,
 Y en tanto tus verdugos
 Inútiles te escarnecen,
 E hiréndote, prorrumpen
 En horribles blasfemias que estremecen.

¡Señor!... ¡Señor!... perdónalos esclama
 El Hombre Dios, con suplicante acento,
 Y una mirada de piedad derrama
 Ya faltándole vida, y sin aliento.

Al Padre Eterno llama,
Y en sus manos su espíritu entregando
¡Un suspiro, Jesús, lanzó espirando!

¡Murió Jesús! y al punto aparecieron
Señales de quien era.
¡Cielo y tierra á la vez se conmovieron;
El sol desapareció de la alta esfera,
Y el mundo oscurecieron
Tinieblas espantosas!
¡Los muertos se estremecen en sus tumbas
Y salen de las fosas!
Y el Orbe con terror ha comprendido
Que un crimen sin igual se ha cometido!
Su culpa conociendo
El pueblo pecador, y arrepentido,
Llora desconsolado;
Y ¡era el Hijo de Dios! dice cayendo
De rodillas postrado.
Y ¡era el Hijo de Dios! repite el monte
Por el eco doquiera acompañado.
Y esclama todo el mundo:
¡Es el Hijo de Dios, y era inocente!
¡Há muerto por nosotros enclavado!
¡Perdon! ¡perdon, Dios mio!
¡Tú eres justo, Señor, yo delincuente!
¡Conozco tu grandeza y poderio!

CAROLINA DE SOTO Y CORRO.

¡JESÚS!

PENSAMIENTO.

Lamma saba tami.

Tarde triste, opaca luz,
ecos de inmensa amargura,
llanto que la muerte augura,
un suplicio y una cruz.

En esta amor que da vida,
à su pie rencor que mata
y la ingratitud retrata
de un pueblo infame y deicida.

En el pueblo saña fiera
que en delirio se convierte;
en Jesucristo, la muerte
que trasforma y regenera.

Doquier del mortal menguado
clamor de nefando anhelo
y un Dios mostrándole el cielo
que redime su pecado.

Doquier corage profundo
que aviva las hondas penas
del que rompe las cadenas
de la esclavitud del mundo.

Arriba el cielo, el perdón,
debajo el mal del precito,
en la motaña el delito,
en la cruz la salvación.

Calma ¡oh! pecho tus enojos,
mitiga ya tu querella,
y si acaso triste huella
del llanto que por mis ojos

Corre á raudales, se mira,
yo mi inspiración sofoco;
que ante el mal valen muy poco
los acordes de una lira.

ARTURO CAYUELA PELLIZZARI.

MEDITACION.

Ved á Cristo padeciendo
Rudos golpes y amarguras
Por amor,
Culpa agena redimiendo
Del Calvario en las alturas
El Señor,
Vedlo herido, manso y triste
Varon fuerte de dolores
Afrentado,
El que dió perfume y viste
Ricas galas en las flores,
Despojado,
Ved la turba descreída
Ebria en sangre del Cordero
Prometido,
Y Él que es fuente de la vida
Sed sufriendo en el madero,
Dolorido,
Pueblo débil, degradado
En impuras liviandades
Solo fuerte,
Mira el Justo ensangrentado,
El hoy paga tus maldades
Con su muerte.
Mira al tosco leño asida
Virgen madre de ternura
Fiel modelo,
Ella dió á Jesús la vida,
Ella sufre su amargura
Sin consuelo.
Mas ya el lábio moribundo
Cierra el Mártir. con palabra
De perdón,
Y renace nuevo el mundo
Y el amor en Cristo labra
Salvación.
Ya la turba farisea
Al Rey manso dió la muerte,
Buen Jesús,
Y el infierno en la pelea
Cae vencido del Dios fuerte
Por la Cruz.
Ya la culpa fué borrada
Con la sangre del cordero
Redentor:
El nos abre su morada,
Paz nos brinda en el Otero
De su amor.
Ved cristianos luz

Luz que alumbra lontananzas
Eternales
Y la sangrienta colina
Torna en valle de esperanzas
Celestiales.

JUAN RODRIGUEZ Y PONCE DE LEON.

EN LA MUERTE DE JESÚS.

SONETO.

De fiesta está Salem; un pueblo osado
Se atropella del Gólgota en la altura
Ansioso de mirar con saña impura
A un Dios, todo bondad, crucificado.

Junto al pié de la Cruz yace postrado
Un grupo de mugeres sin ventura....
Jerusalem lo vé, y en su locura
Sigue Jerusalem alborozado.

En tanto el populacho se divierte;
Aquel precioso cuerpo suspendido
La última gota de su sangre vierte....

El mandato de Dios está cumplido;
Nace la vida eterna de la muerte
Y escapa el populacho estremecido.

F. DE VERA-BASURTO.

EN EL VIERNES SANTO.

Al final del triste Gólgota
Se destaca oscuro leño.
A sus pies un pueblo bárbaro
Hace escarnio de su dueño.
Cerca del pobres mugeres;
Mas allá perversos seres
Embriagados de furor;
En la tierra la agonía;
En el cielo noche umbría;
En las almas el terror.

Del augusto lábio cárdeno
Dulce frase se desprende;
A la voz de aquella víctima
El coraje mas se enciende;
Como estúpida venganza
Atraviesa dura lanza
El costado de Jesús,
Y al saltar la sangre luego
Con asombro vió aquel ciego
El fulgor de nueva luz.

Alza Dios el rostro pálido
Y á su inmensa patria mira;
Hombre, luego, con voz lánguida,
Ya bendice ó ya suspira;
Y, entre santas bendiciones,
Caen al suelo los sayones
Aterrados al rumor,
Al quejido sin segundo
Que da el cielo, que da el mundo
En la muerte del Señor.

¡Ay! allí la madre misera

En terrible espanto crece,
Y vertiendo tristes lágrimas
De amargura se estremece;
Vé el cadáver verto y fijo
Del que fué su único hijo,
Sus delicias y su afán;
Y, admirando su grandeza,
Hasta olvida en su tristeza
La derrota de Satan.

¿Quién lo sabe, que su espíritu
No deshaga en crudo llanto
El dolor terrible insólito
De la madre del más santo?
¿Quién escucha su lamento
Sin sentir en el momento
Desgarrado el corazón?
¿Quién el hombre que no llora
Si su excelsa protectora
Desfallece de aflicción?

Llenen ya los ojos húmedos,
Claros gotas de amargura.
Odie el mal que halagapérdido
Asombrada la criatura,
Solo busque el hombre el cielo.
Que esa es dicha y es consuelo
A la madre del Señor:
Y es camino dulce y santo
Para entrar bajo su manto
El camino del dolor.

FERNANDO DE LAVALLE.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—Dudar de cosas divinas, es hacerse el hombre el ser mas desgraciado de la tierra: porque no encuentra refugio en presencia de las injurias humanas.

—Todas las personas de talento dan excelentes consejos á los demás, que rara vez saben utilizar para sí mismos.

—Si piensas en el suicidio alguna vez, procura dormir un rato antes, y al despertar te horrorizarás de tí mismo, arrojando con desprecio tan descabellado propósito.

—La mala fortuna, es la piedra de toque de la amistad.

GACETILLAS.

Siendo de suma necesidad una restauración en la antigua iglesia parroquial de San Donisio, que se halla en un estado deplorable, apesar de los frecuentes reparos con que ha podido sostenerse algunos años, y careciendo además de un Monumento digno, donde colocar á la Divina Magestad, el jueves y viernes de la Semana Santa, su excelente cura párroco, D. Idefonso Carballo y Gen-

zalez, que tanto se desvela por el sostenimiento de su iglesia, y que no cuenta con los recursos necesarios, dió una circular en 15 de Octubre del pasado año, con objeto de allegar con dicha limosna lo mas preciso para la indispensable reforma.

Mas no habiendo obtenido de cuatrocientas invitaciones, mas que 2,900 reales, so'o ha podido hacer un ligero reparo consistente en el dorado de la Santa Urna del Monumento, treinta y dos arandelas de hoja de lata y doce losas, que se hallan á la entrada de la iglesia por la pueria de Nuestra Sra. del Mayor Dolor.

Lástima es que una iglesia tan hermosa, notable por su antigüedad y por los históricos recuerdos que encierra, además de ser la parroquia de nuestro Santo patrono, San Dionisio Areopagita, se encuentre de una manera tan lamentable apesar de los inmensos esfuerzos de su digno párroco.

Rogamos á los fieles que puedan hacerlo, presten su generosa ayuda en beneficio de dicha iglesia, é inciten á las personas piadosas á contribuir en algo, coadyuvando de este modo á la reforma del templo y al sagrado sostenimiento de sus solemnes cultos.

Con motivo de la festividad religiosa de la Semana Santa en Sevilla, la compañía de los ferro-carriles andaluces ha dispuesto un tren especial que tomará pasajeros en Jerez el Juéves Santo, á las 8'03 de la mañana, saliendo de Sevilla á las once de la noche del Viérnes Santo, aunque los pasajeros que lo deseen pueden volverse por el tren ordinario de la mañana del mismo Viérnes Santo.

El precio del pasaje de Jerez á Sevilla y vuelta será en primera clase 54'20; 37 en segunda y 22'20 en tercera.

Procesiones. — Las cofradías que harán estacion este año en la Catedral de Sevilla, son las siguientes:

Nuestro Padre Jesús de las Penas y Maria Santísima de los Dolores. De la parroquia de San Vicente. Lleva dos pasos.

Santo Cristo de la Columna y Azotes, y Madre de Dios de la Victoria. De la iglesia de los Terceros. Lleva dos pasos.

Sto. Cristo del Silencio, Desprecio de Herodes y Ntra. Sra. de la Amargura. De la parroquia de San Juan Bautista. Lleva dos pasos.

Santo Cristo de San Agustín y Ntra. Sra. de Gracia. De la parroquia de San Roque. Lleva dos pasos.

Santo Cristo de la Humildad y Paciencia y Maria Santísima del Subterráneo. De la parroquia de San Vicente. Lleva dos pasos.

Santo Cristo de las Siete Palabras y Maria Santísima de los Remedios. De la parroquia de San Vicente. Lleva un paso.

Sagrada Lanzada de Ntro. Señor Jesucristo y Maria Santísima del Buen Fin. De la iglesia del Santo Angel. Lleva un paso.

Santa Cruz en el Monte Calvario y Nuestra Sra. de la Soledad. De la iglesia de San Buenaventura. Lleva un paso.

Ntro. Padre Jesús de la Expiacion y Maria Santísima de las Aguas. De la capilla de la calle de las Armas. Lleva un paso.

Ntro. Padre Jesús de las Tres Caídas y Maria Santísima de Loreto. De la parroquia de San Isidoro. Lleva dos pasos.

Santo Cristo de la Coronacion de Espinas, Ntra. Sra. del Valle y Santa Mujer Verónica. De la parroquia de San Andrés. Lleva tres pasos.

Dulce Nombre de Jesús. Sagrado Descomulgamiento de Ntro. Sr. Jesucristo y Quinta Angustia de Maria Santísima. De la parroquia de la Magdalena. Lleva dos pasos.

Ntro. Padre Jesús de la Pasión y Maria Santísima de la Merced. De la parroquia del Salvador. Lleva dos pasos.

Jesús Nazareno, Santa Cruz en Jerusalem y Maria Santísima de la Concepcion. De la iglesia de San Antonio Abad. Lleva dos pasos.

Ntro. Padre Jesús del Gran Poder y Maria Santísima del Mayor Dolor y Traspaso. De la parroquia de San Lorenzo. Lleva dos pasos.

Sentencia de Cristo y Maria Santísima de la Esperanza. De la parroquia de San Gil. Lleva dos pasos.

Ntro. Padre Jesús Nazareno y Ntra. Sra. de la O. Del barrio de Triana. Lleva dos pasos.

Santísimo Cristo de la Salud y Ntra. Sra. en el Sagrado Misterio de sus Tres Necesidades. De la capilla de la Carretería. Lleva dos pasos.

Santo Cristo de la Conversion del Buen Ladrón y Maria Sma. de Monserrat. De la parroquia de la Magdalena. Lleva dos pasos.

Sagrada Expiracion de Ntro. Sr. Jesucristo y Ntra. Sra. del Patrocinio. Del barrio de Triana. Lleva dos pasos.

Sagrada Mortaja de Ntro. Sr. Jesucristo y Maria Santísima de la Piedad. De la parroquia de Santa Marina. Lleva un paso.

Ntra. Sra. de la Soledad. De la parroquia de San Lorenzo. Lleva un paso.

Deseando la Comision organizadora de la velada literaria que en honor de Cervantes ha de celebrarse el 23 de Abril próximo, que esta solemnidad se verifique con el lucimiento y brillantéz posibles, invita á todas aquellas personas que por su ilustracion puedan contribuir á tal fin, á que preparen los trabajos literarios que estimen más oportunos; debiendo estos trabajos estar antes del 15 del citado mes en poder del señor presidente de la Academia Médico-quirúrgica, calle Larga, número 36; y permitiéndose esta Comision recomendar, para el mejor orden, distribucion y concierto del acto, que las composiciones no escedan en extension de un cuarto de hora de lectura.

Jerez 10 de marzo de 1880.—Por acuerdo de la Comision, el secretario, *Francisco Revueltas*.

Imp. de EL CONTRIBUYENTE.

Santa Maria, 11.